

NECESIDAD DE RESCATAR LA ÉPICA DE LA HISTORIA DEL CONOCIMIENTO GEOGRÁFICO

H. Walter Cazenave

Fundación Chadileuvú

walcazen@cpenet.com.ar

Dentro de las múltiples coincidencias con que cuentan y se interaccionan Geografía e Historia hay un campo en especial que, según se lo enfoque, guarda mayor o menor importancia para una u otra ciencia. Nos referimos a la Historia del Conocimiento Geográfico. Este es uno de los aspectos más atractivos de esas dos ciencias, pero lo consideraremos especialmente importante para la Geografía.

Se ha hablado hasta el cansancio, en los más diversos ámbitos, sobre el papel de la Historia y la Geografía como pilares en la toma de conciencia nacional. Lo hemos oído en la escuela primaria, en la secundaria y en la universidad, en los foros civiles y en discursos sesudos y de los otros. Y sin embargo en muy pocos o en ninguno de esos ámbitos se explicó claramente de qué forma - motivadora, amena, didáctica, efectiva, enjundiosa- esas materias pueden allanar el camino a esa tan difusa "conciencia nacional", cuya naturaleza y condiciones no es del caso analizar en este trabajo.

Dejando a un lado la historia y sus acartonadas figuras (cuya rigidez, académica les quita, precisamente, humanidad y trascendencia) es claro que en el campo de la Geografía no es con largos e inútiles enunciados conceptuales, vacíos de significado concreto y, generalmente, sin otra referencia que un mapa en dos dimensiones y la imaginación del interesado -mejor o peor incentivada por quien explique- como se inducirá a un mayor interés por el país real, material, en sus manifestaciones físicas, políticas y humanas, despertando vocaciones o, al menos, afirmando intereses.

¿Cómo se hizo el país?

Dicho de otro modo: es seguro que quien, en la condición de alumno o simple interesado, se ha preguntado alguna vez, objetiva o subjetivamente, qué fue lo que llevó a establecer y conformar una sola nación -la Argentina- sobre llanuras enormes, cordilleras extensas y altísimas, desiertos, selvas, grandes ríos, litorales borrascosos y, más allá todavía, un continente helado al que prestó su interés cuando muy pocos eran los países que a él apuntaban, no ha tenido una respuesta coherente, respaldada por hechos y expresiva en su magnitud y concepción. La respuesta a este planteo en gran medida se encuentra en la historia del conocimiento geográfico del país, una epopeya tan rica como poco conocida y olvidada.

Más de una vez, puesto en consideración de este tema (que no figura o figura disimulado o mal planteado en los programas de distintos niveles educativos y que raramente se expone con solvencia) hemos pensado si no podríamos hablar de una "épica de la Geografía". La respuesta ha sido que sí, al menos si entendemos la épica como la relación hazañosa, bajo formas literarias, de un hecho heroico. No cabe la menor duda que los hechos que hacen a nuestra historia del conocimiento geográfico cumplen largamente este postulado. ¿Los nuestros solamente?... Por supuesto que no, todos los pueblos, en mayor o menor medida, lo poseen, pero los americanos somos habitantes de "un continente de aventura y maravilla" recientes -como dijera el poeta Jaime Dávalos--, donde todavía están frescas en muchos sitios las crónicas vívidas y dolorosas del conocimiento y la conquista de la tierra.

Unos más y otros menos

El norte desarrollado fue capaz de comprender esto con toda la rapidez que le dio su pujanza expansiva y, al mismo tiempo, absorbente de inmigrantes, y creó una épica archimultiplicada de la realidad de su Conquista del Oeste, transformándola en una industria primero y en un elemento de penetración y dominación cultural después. Si al lector le parece una afirmación temeraria no tiene más que indagar en la realidad de juegos y lecturas que hay parcialmente en torno a los niños argentinos desde hace por lo menos tres generaciones. El cine y la historieta primero y la televisión después, ha difundido hasta la saciedad (a veces burdamente, otras en forma genial) las andanzas de vaqueros, pioneros y exploradores de la América del Norte. Al respecto este autor recuerda, no sin nostalgia, una infancia donde nuestra imaginación -y la de tantísimos

compañeros- se vio poblada de andanzas y hazañas de una gran cantidad de exploradores y aventureros (algunos reales, otros ficticios) cuya acción hacía a la historia del conocimiento geográfico... de otros países.

Nuestra niñez supo antes de las planicies de Texas, que de las de la Patagonia; de los buscadores de oro de las Rocallosas, que de los pirquineros de los Andes; de las matanzas indiscriminadas de búfalos, que de las grandes vaquerías en las pampas. Y eso en cuanto al paisaje, porque ni qué decir en lo relativo a los nombres: la tira impresa, la novelita y el cine nos entusiasmaron muchísimo antes en el tiempo con Davy Crockett, que con Félix de Azara; con William Cody, que con el Coronel Mansilla; con Kit Carson, que con el Perito Francisco Moreno. Nos era, en fin, más familiar y admirable la defensa que de su tierra hicieron los sioux, pawnees, cheyennes y mohicanos que la de nuestros inmediatos querandíes, pehuenches, onas o ranqueles. Esas epopeyas nacionales, empezaron a prender en nosotros recién en plena adolescencia y en base a una pura atracción personal, sin más orientación objetiva que el contacto con gente de similares intereses, pero sin sistema alguno, pese a la paradójica circunstancia de vivir en plena región que fuera teatro de uno de esos acontecimientos.

Un lamentable desconocimiento

Se podrá objetar que frente a ese, llamémosle, desorden, estaba la tarea informativa y sistemática de la escuela, pero no es así porque, salvo en contadas oportunidades, el acartonamiento histórico endurecía la historia del conocimiento geográfico. La prueba definitiva puede estar, quizás, en una simple encuesta entre adultos acerca de su nivel de conocimiento sobre los principales exploradores de la tierra argentina. La experiencia nos indica que, aún en los estamentos de educación superior, los resultados suelen ser descorazonadores.

Citando párrafos de un trabajo que publicáramos tiempo atrás (1), podemos preguntarnos "cómo ha podido devenir semejante situación, cómo se ha caído en tamaño desconocimiento de factores que hicieron a la Nación misma y que son, en buena medida, símbolos propios...?". La explicación se nos aparece como simple y compleja a la vez, porque podría decirse que, por los fines que fuere, una efectiva maquinaria extranjera y extranjerizante insiste sobre una gran parte del mundo y aunque ahora sus intereses son múltiples, no cabe duda de que en sus inicios se basaron en la habilidad con que supieron aprovechar los modernos medios de comunicación y presentar al mundo en forma atractiva su epopeya nacional.

El ejemplo norteamericano

En este sentido los estadounidenses —de ellos se trata— tuvieron una efectividad admirable, mezcla de visión comercial, sentido artístico y fe en su país. No de otro modo podrían haber logrado que un cirquero y matador indiscriminado de búfalos llegara a ser una figura paradigmática para millares de gentes, o que dudosos aventureros entraran en la categoría de héroes nacionales. Igualmente un hecho histórico de discutible justicia y desarrollo —la expansión del país— fue transformado en virtud de las plumas, las prensas y las cámaras estadounidenses en una maravillosa epopeya. Y toda esta tarea fue eficaz en la concientización de los millones de inmigrantes que absorbió el país del norte a comienzos de siglo XX. Subsidiariamente ocultó o diluyó las epopeyas nacionales de otros pueblos, al menos en lo que hace a su difusión masiva.

La afirmación anterior llama, inevitablemente, a establecer un paralelo con el caso argentino. También la nuestra es una nación conformada por la suma de distintos países, al menos en el aspecto físico, que tuvieron un conocimiento geográfico paulatino y signado por aventuras, guerras prolongadas y circunstancias heroicas en los distintos bandos; también aquí hubo una inmigración masiva que, generosamente en la gran mayoría de los casos, se aferró a la nueva patria y la hizo suya en sus afectos y tradiciones. ¿Por qué esa Nación, no fue capaz de potenciar en la difusión masiva la historia del conocimiento de su territorio, palmo a palmo y sangre a sangre, y se quedó en una exaltación desvaída y convencional de, por ejemplo, la erróneamente denominada "Conquista del Desierto"?

Escasez de ejemplos

En este punto de las consideraciones cabe una mención concreta de los medios masivos de comunicación propios, a los que tanta importancia se ha dado en el último medio siglo. La historieta nacional —una de las más originales del mundo— por una u otra razón ha incursionado tímidamente en el tema y con resultados muy desparejos, cayendo a menudo en un gauchismo parecido a "una de cowboys". El cine ha esquivado el bulto las más de las veces a las películas de este corte y al respecto sus títulos no han sido ni numerosos ni —en su mayoría— memorables (aunque deben reconocerse hitos como "La Película del Rey", basada en la fantástica aventura del francés Orellie Antoine de Toünens, fugaz monarca de Araucanía y Patagonia). Ni siquiera la televisión, con sus sistemas de producción más ágiles y baratos, ha sido capaz de generar

programas específicos sobre el conocimiento geográfico y sus protagonistas, que tuvieran continuidad y calidad, y se apartaran del simple documental.

Y sin embargo la aceptación que en esos distintos medios han tenido -y continúan teniendo- las series de aventuras producidas en el exterior que conllevan implícita o explícitamente un conocimiento geográfico indican que, con un mínimo margen de calidad y atractivo, cuentan con la aceptación del gran público. Es que en todo adolescente, niño y aún adulto parece latir el sentido innato de la aventura, y ésta siempre fue de la mano de la geografía. ¿Por qué no pensar en formas de enseñanza que en lugar de desaprovechar o considerar superficialmente esa suerte de inercia favorable la utilice para afirmar hechos y nombres que están íntimamente ligados con el carácter de una región, en su desarrollo y afianzamiento?

Conocer y querer

Lo curioso es que a menudo solemos quedar admirados ante la forma con que los extranjeros aprovechan -no con fines educativos, desde luego- esos hechos y les dan forma artística. Sin ir más lejos, hemos visto con justificada admiración filmes como "Aguirre, la ira de Dios" o "La Misión", producciones que tratan el mismo tema (la conquista española) que suele aburrir cuando se consideran las tediosas enumeraciones escolares.

La geografía entre nosotros no tendrá una dinámica interior que lleve a querer saber más sobre -aquello que se enseña mientras ese conocimiento no esté motivado, cimentado, por una relación de las andanzas, los intereses y los sentires de aquellos que, por una u otra razón, debieron conocer el territorio en un estado prístino y, conscientemente unas veces y otras no, decidie-ron proceder a su incorporación a la sociedad a la que pertenecían.

Ese interés, claro está, puede tener muchas vertientes, pero son dos las especialmente interesantes:

- 1) La que hace al estudio en sí y que, tras la motivación, llevará a la consulta de mapas y libros y aún al conocimiento físico del o los lugares, en busca de una comunión que pudo originar una palabra, un párrafo, y
- 2) la espiritualización del conocimiento de una gesta, hecho que suele mover los resortes profundos del alma e identificar con el más claro conocimiento de la tierra en que se vive. Vale para una síntesis la conocida frase de que "no se quiere aquello que no se conoce" y

esta última palabra, ya se sabe, tiene implicancias mucho más amplias que las del mero contacto visual.

Las muchas epopeyas

A riesgo de caer en repetición decimos que entre nosotros la historia del conocimiento geográfico argentino se ha visto reducida, a nivel masivo, a menciones fugaces que ni de lejos invitan a consultar –las fuentes. A unas pocas líneas (y eso con suerte) suelen reducirse las más heroicas aventuras nacionales. Desde luego que una mayor difusión de estos actos no es una panacea ni garantiza una toma de conciencia por parte de quien acceda a ellos, pero parece una deducción lógica el pensar que quien más conozca los hechos que hicieron al afianzamiento del país físico de los argentinos será un mejor argentino.

A esta altura de lo expuesto cabe una pregunta esencial: ¿existe material como para dar carnadura a esta idea? ¿nuestro acontecer del conocimiento geográfico es más que unos pocos, conocidos y aburridos viajes y andanzas? La respuesta está dada por algunos hechos, tomados de una nómina mucho mayor: tres siglos y medio de guerra en la frontera (acaso una de las contiendas más largas, heroicas y sangrientas del mundo); el quimérico imperio de Orellie Antoine; los dos mil kilómetros de Musters cabalgando junto a sus amigos patagones; el viaje de don Luis de La Cruz, de los Andes a las Pampas, con un puñado de hombres; el imperio fueguino de Julius Popper; las aventuras de Piedrabuena, perdido en Santa Cruz; la andanza del Perito Moreno entre los tehuelches; o de Estanislao Zeballos recorriendo el “desierto pampeano-patagónico” con mentalidad positivista, pero atisbando la realidad del país con una mirada bastante más penetrante que la de su generación del ochenta. Al respecto tampoco son de desdeñar las originales y hasta fascinantes visiones de los viajeros de otras nacionalidades, presentes desde los inicios de nuestra historia.

En todo el país

Salta a la vista que aquí se abunda en ejemplos de la región pampeano-patagónica, obviamente por residencia y afanes del autor, pero no nos cabe duda alguna de que el venero existente del paralelo de 36° hacia el norte es tanto o más nutrido, y para aseverarlo solamente basta recordar la legión de conquistadores alucinados, las olvidadas guerras y guerrillas de la Independencia, la

fabulosa ambición de aquel falso Inca Bohorquez, los tantísimos viajeros que dejaron testimonio de un territorio fantásticamente grande y variado en los más diversos aspectos.

Todo lo dicho no tendría demasiado valor si de ello no se desprendiera un saldo positivo, una propuesta que tendiera a solucionar, siquiera parcialmente, esto que, creemos, constituye un problema que trasciende largamente lo pedagógico.

Obviamente, en lo puramente educativo, la propuesta pasa por la implantación de una parte de los programas que hagan a la enseñanza dinámica y amena de la historia del conocimiento geográfico nacional. No existe impedimento alguno y sí muchas ventajas en hacer un desarrollo consecutivo o paralelo con ciertos temas. Ello podría realizarse sin desdeñar medios, siempre que fueran éticos y eficaces; con esto queremos decir que, al lado de los mapas y las fotografías, serían poco menos que imprescindibles televisión, diapositivas, historietas, dibujos, relatos, lecturas obligatorias, entrevistas, visitas didácticas a museos y, sobre todo, recorridos in situ.

Lo dicho, en una concepción más amplia, sería de desear en campañas de mayor alcance, que respondieran a proyectos de verdadero sentido nacional, con fines de mediano y largo plazo, realizables como fines de gobierno. Todo esto, claro está, dentro de un panorama de liberación y consolidación nacional parejo con un ecuánime sentido federal de la cultura.

(1) "Hacia una épica de la Geografía nacional". Revista Patagónica, N° 19, Bs. As., diciembre de 1986.